

ESCATOLOGÍA

El burlón aforismo inglés: «no se debe profetizar, á menos de saber» (*«Don't prophesy unless you know»*), define de una manera perfecta la relación del saber humano con el porvenir. Pero el deseo de penetrar en el territorio inmenso de lo desconocido es talmente incesante y tempestuoso en el hombre que cualquier parlanchín con alguna imaginación que se las echa de profeta y ofrece predicciones encuentra siempre auditores dispuestos á creerle con toda su alma. Fué primero la religión la que cultivó la escatología con una enérgica insistencia; al lado de la protección contra todos los males que amenazan á la humanidad que pretendía poder asegurarla, la escatología había sido siempre su más grande atracción. Revelaba todos los misterios del porvenir con el mismo aplomo temerario con el cual instruía acerca de las causas últimas y del destino del mundo. El Kathaka-Upanishad cuenta que el brahmán Naciketas descendió al reino de los muertos, para arrancar al dios de la muerte sin dejarse conmovir por todas las promesas de placeres perecederos, el misterio de lo que existe más allá de la muerte (1). El budhismo enseña á sus adeptos que el mundo vuelve á la nada para renacer de ella

(1) Hermann Oldenberg. *El Budha, su vida, su doctrina, su comunidad*. Trad. del alemán por P. Foucher. 2.^a ed. 1903, París, F. Alcan, pág. 52.

en seguida y entrar en un nuevo ciclo de existencia. El Zend-Avesta describe el paraíso luminoso destinado á servir de morada eterna á los justos. La religión de los Germanos del Norte es menos optimista y prevé el incendio del mundo y el crepúsculo de los dioses, es decir el aniquilamiento espantoso de todo lo que existe. Los profetas de Israel no hacen promesas de un más-allá, pero describen el cuadro futuro de aquí-abajo que ven con colores bastante alegres: la espada se ha transformado en arado y el lobo vive apaciblemente al lado del cordero. El cristianismo anuncia el juicio final, la resurrección de los muertos y el reino de Dios sobre la tierra. El Islam promete á los creyentes una vida eterna con todos los placeres de la carne. La explicación psicológica de todos estos ensueños es sencilla; se originan en una apetencia; el deseo es el padre de estas ideas; el hombre tiene la angustia de la muerte, quisiera vivir eternamente y ser feliz. Esta apetencia toma en la imaginación de soñadores místicos la forma de una adivinación, de una visión, de una promesa, y la religión añade su marchamo.

Geólogos y astrónomos se han dejado á su vez arrastrar en pos de los teólogos, sobre el suelo inseguro de la escatología. Y al hacerlo no han hecho ciencia, puesto que ésta les suministra quizá posibilidades, aun probabilidades, pero no seguramente certidumbres. La mayor parte de ellos han predicho á nuestro planeta la congelación ó la transformación en una escoria análogamente á la luna, después de la fijación química del agua y del aire; algunos prevén una volatilización á consecuencia de una colisión con otro cuerpo celeste. En un caso, la humanidad se congela sobre un témpano de hielo, en el otro hace deflagración en sus átomos: en los dos casos acaba su destino y desaparece sin dejar rastro. Esta escena final del drama de la humanidad no difiere mucho del desenlace de la *Voluspá*. Los espectadores se marchan defraudados; lo que éstos quieren saber en efecto, no es cómo la humanidad acabará; que llegue un día en que acabe su existencia, es decir que sufra la suerte á que todo individuo

está condenado, es un final de que no dudan y como saben que es ineluctable se han resignado á la fuerza. Pero aquello sobre lo cual quisieran obtener luces es sobre la forma que adoptará la vida de la humanidad antes de llegar á su fin; piden precisiones y detalles á los que se aventuran á revelar el porvenir. ¿Cómo evolucionarán los Estados y las naciones? ¿Continuará Europa dominando al mundo ó bien se verá obligada á ceder su cetro á América, ó quizá á Asia? ¿Dónde irán á parar las religiones positivas, los principios y las formas del derecho? ¿Qué transformaciones sufrirá la escala de los rangos sociales, el sentimiento de lo bello, la apreciación del valor de las artes y de la ciencia y su ejercicio? ¿Las nociones del bien y del mal, de la virtud y del vicio, del honor y del oprobio se modificarán, y en qué sentido? ¿Qué ideales nuevos erigirá la humanidad en lugar de los tradicionales? ¿Y qué progresos hay que esperar en el dominio material, qué inventos y qué descubrimientos harán la vida de la humanidad más fácil, más rica, más bella?

Ninguno de los hechos hoy conocidos, ninguno de los métodos empleados hasta hoy permiten dar á estas preguntas concretas una respuesta igualmente precisa. Toda tentativa de predicción que entrase en detalles no sería más que algo análogo ó una continuación de las profecías del fraile de Lehnin ó del viejo Nostradamus. Tendría el mismo valor científico que las indicaciones deducidas del plomo fundido en la noche de San Silvestre ó de las figuras de la borra del café. Es no obstante posible establecer, en lo que concierne á los progresos técnicos, los inventos y descubrimientos, por lo menos una fórmula general deducida de la observación de la marcha de su evolución.

Los descubrimientos son el efecto de una propiedad psicológica fundamental: la curiosidad; ésta impulsa á la observación de los fenómenos á los cuales la atención descubre nuevos aspectos. Se atribuye á veces al azar influencia sobre los descubrimientos, pero es muy limitada. Cuando el hombre es accidentalmente testigo de un suceso que no impresiona muy

fuertemente sus sentidos, que no ha observado nunca, que no se sitúa en una serie de fenómenos ya conocidos y el sentido del cual permanece oculto, no lo percibe, no lo toma en cuenta. Sucesos ruidosos que deslumbran, una tempestad violenta, un temblor de tierra, la erupción de un volcán, en una palabra los aspectos melodramáticos de la naturaleza no pueden pasar inadvertidos porque se imponen á los sentidos y fijan imperiosamente la atención. Pero ante la acción regular, silenciosa de las leyes químicas, físicas, biológicas, el hombre pasa sin recibir ninguna impresión mientras su espíritu no está disciplinado y su atención preparada. La conciencia no percibe más que las impresiones sensoriales que espera recibir, con las cuales está familiarizada, que se sitúan en un sistema de representaciones lógicamente construído; las demás resbalan sobre ella sin dejar rastro á menos que sean de una intensidad irrepresible en cuyo caso la conciencia forma un sistema nuevo del cual ellas devienen el contenido. El mundo ambiente habla constantemente al hombre y le cuenta todo acerca de él mismo, pero el hombre no le comprende mientras no ha aprendido su lengua palabra tras palabra. Existe en los descubrimientos una lógica de hierro de la cual no hay azar que pudiera torcer la línea recta; cada uno de ellos prepara siempre el que le sigue, cada uno es siempre la premisa del otro; se sabía desde hace mucho tiempo que el prisma descompone la luz blanca, pero no se conocía más aplicación del cristal triangular que la consistente en el juego entretenido de la producción de un pequeño arco iris. Fraunhofer notó el primero líneas negras en la banda coloreada de un rayo solar refractado por un prisma; las vió, porque siendo óptico, fabricante de aparatos ópticos de vidrio, tenía más motivos que otro cualquiera de observar atentamente los fenómenos luminosos de los prismas de cristal. El conocimiento del prisma y de la refracción de los rayos de la luz era la premisa de su descubrimiento de las líneas negras. Bunsen y Kirchhoff volvieron á encontrar las líneas negras y más tarde también líneas de color en el espectro de llamas ordina-

rias en las cuales habían quemado diferentes substancias y reconocieron la significación de estas líneas que corresponden á las diferentes substancias incandescentes. Así es como fué creado el análisis espectral químico que tenía por premisa el descubrimiento de las líneas negras en el espectro solar hecho por Fraunhofer. Comparando los diferentes espectros, Huggins notó que en uno de estos espectros las líneas de la misma substancia se desviaban hacia el color violeta; recordó el principio de Doppler, según el cual las vibraciones sonoras de mismo número parecen de una tonalidad más elevada cuando el cuerpo en vibración se aproxima y dan una nota más baja cuando se aleja, y aplicando este principio al fenómeno óptico interpretaba la desviación de las líneas espectrales hacia un extremo del espectro como una señal de aproximación de la fuente luminosa, y la desviación hacia el extremo opuesto como una señal de su alejamiento. Había encontrado así el medio no sólo de hacer constar, sino también de medir los movimientos de las estrellas fijas más lejanas. Este descubrimiento astro-físico tenía por premisas los descubrimientos anteriores de Bunsen y Kirchhoff y de Fraunhofer y el conocimiento popular de la refracción de los rayos de la luz por los prismas. La historia de todos los descubrimientos científicos presenta la misma gradación ascendiendo desde las apercepciones más groseras del hombre zafio é ignorante hasta las comprensiones últimas y más delicadas acerca de las cuales el profano no se explica las más de las veces cómo se ha llegado á saberlas y cómo se puede en todo momento demostrarlas de una manera irrefutable á todo hombre que tenga intactos sus sentidos. El valor de las teorías é hipótesis consiste en que crean en el espíritu una manera de ver y una espera que orientan la atención hacia los fenómenos en relación con ellas y la preparan á percibirlos allí donde se producen. Es verdad que el reverso de las teorías é hipótesis estriba en el inconveniente de desviar la atención de los fenómenos que no encajan en ellas y de cerrar la conciencia á los hechos que serían de naturaleza á probar su inexactitud.

Se necesita que un observador sin ideas preconcebidas cuya atención no es prisionera de una hipótesis, surja para ver y apreciar los fenómenos que no ajustándose á la hipótesis universalmente admitida no han sido apercibidos por sus prevenidos partidarios. Este observador sin prejuicios es el solo que estará en condiciones de probar la inexactitud de dicha hipótesis y la necesidad de sustituirla por otra. Durante dos generaciones, todos los químicos estaban de tal manera obsesionados por la idea del flogístico de Stahl, que no veían por ninguna parte hechos en contradicción con ella y veían por lo contrario en todas partes hechos que les parecían confirmarla. Á consecuencia de las experiencias de Lavoisier, se hizo en seguida evidente para todo el mundo que el flogístico no era más que una pampina, y á los químicos les costaba trabajo explicarse cómo no lo habían advertido desde un principio.

Puede predecirse con seguridad que la humanidad no cesará de hacer descubrimientos y que su número y su importancia irán siempre en aumento, cada uno de ellos preparando y haciendo posibles otros. Pero lo que serán esos descubrimientos se sustrae por completo á la previsión aún de los investigadores más sutiles, aun á aquéllos á los cuáles somos deudores de los conocimientos nuevos más importantes. Cuando Heinrich Geissler inventó sus tubos vacíos de aire, no podía adivinar por anticipado ni el descubrimiento ulterior de la materia radiante por Crooks ni el de los rayos Röntgen por el que les dió su nombre. Cuando los esposos Curie han extraído el radio de la pechblenda, no sospechaban que M. Gustavo Le Bon demostraría que la radio-actividad es una propiedad fundamental de toda materia y que deduciría de esto consecuencias de un alcance tan vasto como la disociación continua de la materia en el éter é inversamente, su surgimiento no menos continuo del éter. Cuando Galvani y Volta han descubierto la electricidad por contacto no sospechaban ni por asomo que sus experiencias y verificaciones darían origen, además de los inventos prácticos, á nuevas

concepciones relativas á la unidad de todas las energías y á la naturaleza de la materia. Algunos de los descubrimientos que se entreveían ya desde entonces confusamente en el porvenir, están ya á medias realizados porque la observación se ha orientado hacia ese lado y va siguiendo la pista á todos los fenómenos que parecen indicarlos. La transmutación de los metales no es probablemente más que una cuestión de tiempo; y en un porvenir probablemente no muy lejano, podrá deducirse del fenómeno de las lunas de Saturno y de Júpiter que gravitan alrededor de sus planetas en un sentido opuesto al de la órbita de todas las demás lunas, una verdad astronómica y cosmológica que rectifique acaso la teoría de Kant y Laplace. Pero lo que no se perfila desde ahora con más ó menos precisión sobre el horizonte de la investigación científica, está situado enteramente más allá de toda adivinación y de toda intuición de la generación en vida. No es solo el conjunto del saber adquirido, es también el estado psicológico de los hombres superiores lo que crea condiciones favorables á nuevos descubrimientos cada vez más importantes. La aptitud de la atención artificial se desarrolla y progresa cada vez más; la conciencia toma un giro cada vez más crítico y se contenta cada vez menos con explicaciones aparentes y con palabras sin contenido real verificable. La autoridad de la tradición estorba cada vez menos á la libertad de la observación y del pensamiento é impide cada vez menos á todos los observadores apartar las ideas preconcebidas. Las hipótesis pierden cada vez más su carácter perjudicial de orejeras del pensamiento y su fuerza de sugestión y no conservan ya más que su valor heurístico. Pero todo ello no es verdad más que tratándose de la *élite*, de los hombres superiores. En cuanto á la masa, su colaboración en la observación y en los descubrimientos que se derivan se irá haciendo cada vez menos utilizable, no solo porque carece de la preparación científica cuya adquisición completa es cada día más laboriosa y larga, sino también porque su curiosidad con respecto á la naturaleza se embota cada vez más. Hemos

visto que esta curiosidad que en el curso de la evolución, se eleva hasta el deseo de saber y la pasión del conocimiento, constituye una propiedad fundamental de todo ser vivo; es su primera arma en la lucha por la existencia; todo ser vivo le debe su posibilidad de orientarse en su ambiente, de adaptarse á él, es decir de evitar sus peligros y de aprovecharse de sus condiciones favorables. Pero hace ya mucho tiempo que el hombre no vive en condiciones naturales; por esto su instinto de conservación no le impulsa ya á aplicar á la naturaleza que le rodea su curiosidad innata. Entre él y la naturaleza se hallan interpuestas la sociedad en la cual el hombre ocupa un sitio dado y las instituciones en el marco de las cuales su vida se desenvuelve. Para el hombre civilizado, no es la naturaleza la que tiene una importancia vital, sino su ambiente humano; en todo caso la importancia de la naturaleza para su existencia le impresiona mucho menos que la de los hombres con los cuales vive y de los cuales depende. De aquí que su deseo natural de conocer tiene muy poco por objeto los fenómenos naturales y mucho los fenómenos sociales; se puede pues quizá esperar que la masa media contribuya á ensanchar y á profundizar el conocimiento sociológico, pero no la comprensión del mundo.

Todo descubrimiento no es solo padre de descubrimientos nuevos, sino que sirve generalmente también de punto de partida á inventos prácticos cuyo objeto consiste en hacer la vida más fácil y más rica. Los descubrimientos son el producto del deseo de conocer siempre despierto en el espíritu humano; los inventos técnicos por lo contrario se originan bajo el aguijón de la necesidad. Se pretende á veces que los inventos crean necesidades; esa es una afirmación en el aire; un invento puede engendrar nuevas costumbres, puede en muchas personas desarrollar las necesidades é imprimirlas un carácter más imperioso, pero allí donde no existen necesidades un invento es seguramente impotente para crearlas. Gracias á los caminos de hierro, viajan hoy muchas personas que sin ellos se quedarían en sus casas, pero el

deseo de viajar existía antes que los caminos de hierro, solo que como no podía ser satisfecho sino á costa de grandes dificultades, se le ahogaba en todos los casos que no eran de necesidad absoluta. El gas y la electricidad nos han dado la costumbre de una iluminación intensa, costumbre que antes no se conocía; pero la necesidad del alumbrado nocturno existía ya en los tiempos del pedazo de madera resinosa y de la lámpara de aceite, solo que no podía ser satisfecho, dados los medios de que se disponía, sino de una manera completamente insuficiente. Jamás ha pensado un inventor en imaginar alguna cosa cuyo deseo no existiera en ninguna parte; al contrario, necesidades existentes impulsan á los espíritus inventivos á reflexionar hasta que encuentran algo que sea, á su juicio, de naturaleza á satisfacer esas necesidades ó bien mejor que lo hacían los medios conocidos hasta entonces ó bien por primera vez. Es un entretenimiento con frecuencia practicado por gentes ilustradas desenterrar escritores de siglos pasados y buscar en sus obras indicaciones más ó menos claras ó hasta descripciones exactas de inventos que no habían de ser realizados sino muchas generaciones después. Cyrano de Bergerac da ya en el siglo xvii indicaciones para máquinas de volar que encierran en germen tanto el aereostato como el aeroplano. Casi dos siglo antes que él, Leonardo de Vinci había seriamente estudiado la cuestión del vuelo humano y había llegado á soluciones que no difieren mucho de las de hoy. En el siglo xviii el libro popular de Münchhausen cuyo autor es el poeta Bürger, habla de una música del cuerno que usaban los postillones, helado primero y luego deshelado, en la que se puede con alguna buena voluntad, reconocer una indicación peregrina del disco fonográfico. Galileo cuenta en su *Diálogo* (1) la referencia divertida de

(1) *Dialogo di Galileo Galilei Linceo, matematico sopraordinario dello studio di Pisa, etc., dove nei congressi di quattro giornate si discorre sopra i due massimi sistemi del mondo, Tolemaico e Copernicano.* En Florenza.

un inventor que pretendía poder, valiéndose de agujas magnéticas arregladas al efecto, establecer á una distancia de tres mil millas una conversación entre dos personas; ¿por qué no habría de ser eso un presentimiento del teléfono? Pues bien, no; nada de eso es presentimiento; nada es trabajo previo en vista de inventos ulteriores; todo eso no es más que simple deseo y anhelo, manifestación de una necesidad que se siente y con motivo de la satisfacción de la cual la imaginación se abandona á ensueños sin que la razón divise todavía el camino para llegar á ella. La humanidad se hace consciente de su anhelo intenso de un remedio contra un mal sensible ó de un alivio determinado de las dificultades de su existencia. Querría ante todo vivir eternamente y emanciparse, no sólo de la muerte, sino también de todas las enfermedades y dolores; querría conservar siempre su juventud; desearía obtener sin esfuerzo tesoros y goces, la satisfacción de todos sus caprichos; querría vencer todas las barreras de la materia, del cuerpo y de los sentidos, por consiguiente poder ver, oír, hablar y oler á todas las distancias y á través de todos los obstáculos, atravesar instantáneamente los mares, las montañas y los continentes, triunfar del espacio con la rapidez del pensamiento. Querría todo eso y porque lo querría ha imaginado siempre cuentos en los cuales el deseo es realizado por un milagro. De las aspiraciones de la humanidad es de lo que ha surgido la idea de la persistencia de la vida después de la muerte, de la resurrección del cuerpo, de la inmortalidad del

Per Gio: Batista Landini, 1632, pág. 88: «Me hacéis recordar á alguien que quería venderme el secreto de conversar, por medio de cierto arreglo de agujas imantadas (*per via di certa simpatia di aghi calamitati*) con otra persona á distancia de dos á tres mil millas; le dije que estaría dispuesto á complacerle, pero que quería ver un ensayo, que me contentaría con hablarle desde mi cuarto al cuarto que él ocupase; me respondió que no se podía ver bien la operación á tan pequeña distancia. Ante esta respuesta le despedí haciéndole observar que yo no podía sin embargo irme al Cairo ó á Moscou para ver la experiencia; pero que si él quería ir, me quedaría de buen grado en Venecia para servirle de interlocutor».

alma; ellas han dado el impulso á la invención de las historias de la fuente del Jordán, de la varita mágica, de los encantamientos de los magos, del casco que vuelve invisible, del talismán que pone al abrigo de las balas, del manto merced al cual se puede volar á través del espacio con la rapidez de un relámpago; y esas mismas aspiraciones son también las que palpitan en el fondo de las leyendas de Dédalo y de Ícaro, de Alberto el Grande, de Raimundo Lulio, del conde de San Germán, de todos los magos, fabricantes de oro, de todos los que en la Edad Media habrían hecho un pacto con el diablo; y hallan en fin, su expresión en los cuadros fantásticos del porvenir trazados por los escritores que sueñan con un tiempo en que los hombres podrán volar, vivir debajo del agua, marchar á través de las montañas, ver á través de muros y rocas, conversar con los antípodas.

La aspiración de los hombres traza á los inventores la dirección, polariza su pensamiento. Todo el contenido de su conciencia está al servicio de las necesidades que experimentan; todo nuevo conocimiento tiene en seguida que ayudarles á buscar una satisfacción de viejas aspiraciones ó de deseos ulteriores, diferenciados. En cuanto la ciencia realiza un descubrimiento, los inventores se apoderan de él y se esfuerzan por hacerle servir á la realización práctica de fantasías inmemoriales. Los descubrimientos que no prometen la satisfacción de una necesidad humana quedan arrinconados por los inventores, aun cuando provoquen revoluciones en la concepción del mundo. Lo mismo que la investigación científica, en su conjunto, no ve más que lo que está preparada para ver, descubriendo principalmente los fenómenos que están de acuerdo con los conocimientos del momento y muy raramente los que los echan abajo, así el invento evoluciona casi exclusivamente á lo largo de la línea de las necesidades y no siente la tentación de imaginar novedades que no responden á ninguna necesidad. Se ha encontrado en Phaestos, en Creta, un disco de arcilla de 16 centímetros de diámetro que lleva impresos en hueco en los dos lados más

de 120 signos simbólicos (1); existía pues un sello sobre el cual estaban figurados en relieve y que se había probablemente aplicado muchas veces sobre la arcilla blanda; en una palabra la imprenta ó por lo menos, la impresión por medio de un bloque, estaba ya inventada en la Creta prehistórica; ha sido por lo demás inventada el día en que se grabó por primera vez un anillo sellado, un cilindro sellado ó una piedra con la cual se podía obtener el mismo sello un número ilimitado de veces. Pero este invento permaneció arrinconado durante millares de años; la humanidad no se aplicaba á desarrollarlo. ¿Por qué?; porque no existía ninguna necesidad de multiplicación rápida de la escritura y de la imagen. En presencia del número ínfimo de personas que sabían leer é ilustradas, en presencia de las dificultades de las comunicaciones no se habría encontrado empleo para esas impresiones; pero en cuanto surgieron la necesidad de libros y la posibilidad de difundirlos á lo lejos, se ha visto producirse el invento de la imprenta que no es más que el desarrollo de una idea muy antigua, de una técnica practicada desde hacia tres ó cuatro mil años.

Nuestro conocimiento de la naturaleza nos ofrecería sin duda hoy también la posibilidad de construir muchos nuevos aparatos é instrumentos ingeniosos, de realizar muchas transformaciones de la energía en las cuales nadie ha pensado todavía. Pero se continuará sin pensar en ello mientras no surja una necesidad que reclame ser satisfecha. Puede afirmarse con certeza que también en el porvenir, como en el pasado, los inventos técnicos serán determinados por la necesidad y la aspiración, sino de todos los hombres, por lo menos de algunos de entre ellos. La predicción de Berthelot que la química logrará condensar en una pequeña píldora el carbono y el ázoe que necesita el organismo humano para su nutrición y que dicha píldora reemplazará todos los alimentos animales y vegetales, es una predicción seguramente falsa. El tubo

(1) Comunicación de M. Salomón Reinach á la Academia de Incripciones de París. Reseñas, 1908, pág. 478.

digestivo, desde la boca al recto, con todos sus aparatos nerviosos, glandulares y musculares, está adaptado en vista de la ingestión y de la elaboración de substancias animales y vegetales y obra en el hombre como causa permanente de sensaciones orgánicas; es una fuente de sentimiento de placer y de desagrado intensos que la conciencia apercibe como necesidades. Ahora bien, estas necesidades no podría nunca satisfacerlas la píldora de Berthelot y por eso no será nunca inventada ni siquiera á título de curiosidad en un laboratorio de química. Es por lo contrario indudable que todas las necesidades de que los hombres tienen conciencia darán lugar á inventos destinados á satisfacerlas en todo ó en parte. Hugo Michel (1) ha reunido en un opúsculo muy interesante 650 inventos cuya necesidad se hace sentir en nuestros días de una manera cierta; los hay entre ellos que son esenciales y poco importantes, la máquina de volar (Sección 75: «Sport, juegos, navegación aérea y recreos públicos»), al lado de un «alimento higiénico destinado á reemplazar el pan» (sección 2: «Panadería»), y de una «tela permeable á la luz para baños de sol». (Sección 3: «Vestidos»). El autor está convencido y yo participo de su convicción, que todos estos inventos serán realizados en un porvenir próximo; pero deja fuera de su discusión precisamente las necesidades más antiguas y más profundamente sentidas por los hombres. No habla del deseo de juventud eterna, de vida eterna, de supresión del tiempo y del espacio, de dominio absoluto de las fuerzas de la naturaleza; ese es un tema que un sobrio técnico no aborda. Pero se puede predecir audazmente á la humanidad que ese deseo también encontrará su satisfacción en una amplia medida; no se abolirá la muerte, pero la vida será prolongada mucho más allá de su duración actual (2); no se impedirá por completo

(1) Hugo Michel, *Les inventions à réaliser*. Traducido del alemán por Luis Duvinage, 2.^a edición. París, 1908.

(2) Juan Finot, *La filosofía de la longevidad*. París, F. Alcán. 1904, pág. 74.

la vejez, pero los límites de la juventud serán retardados en decenas de años (1). Las enfermedades podrán ser prevenidas y curadas; la rapidez y la seguridad de las comunicaciones aumentarán en una medida tal que el hombre disfrutará sobre el planeta de una especie de omnipresencia; el aire y el agua no constituirán ya obstáculos; el hombre volará como hoy corre por la tierra y se moverá debajo del agua con la misma rapidez que hoy sobre la superficie. Aprenderá á explotar fuerzas naturales que hoy no le obedecen, le amenazan acaso, y sabrá procurarse sentimientos de placer en todos los puntos de la tierra. Todo esto llegará seguramente, porque los hombres aspiran á ello y toda la historia de la evolución de la civilización nos enseña que el hombre ha trabajado siempre con éxito, sino para satisfacer por completo sus necesidades, por lo menos para acercarse todo lo posible á esta satisfacción.

Eso es lo que se puede adivinar, sin entregarse á lo arbitrario, del porvenir de los descubrimientos é inventos. Pero aun en lo que concierne á los destinos generales de la humanidad, son posibles conclusiones á condición que sean muy circunspectas y que eviten entrar en detalles concretos, guerras, alianzas, revoluciones, luchas de clases, florecimiento y decadencia de Estados determinados, que señalan la marcha de la historia. Nadie puede prever ó predecir dónde y cuándo nacerá un Alejandro Magno, un Napoleón, un Bismark, dónde y cuándo se librará una batalla de Marathon, de Actium, de Chálons, de Hastings, de Waterloo, de Sadowa, dónde y cuándo un reino de Polonia será destruído y repartido, un reino de Italia constituido, una India conquistada por los Ingleses, una isla de Cuba perdida por los Españoles. Para la historiografía esos hombres y esos sucesos parecerían ser de la mayor importancia, formarían el conteni-

(1) Elías Metchnikoff. *Estudios sobre la naturaleza humana*. París, 1903, Cap. X: «Introducción al estudio científico de la vejez», págs. 294 y 58; véase también pág. 390.

do verdadero de la historia; pero en realidad no ejercen como ya he tratado de demostrarlo, ninguna influencia duradera y esencial sobre la historia de la humanidad. Que un pueblo gima bajo la opresión ó disfrute de la libertad, que esté mal ó sabiamente gobernado, el nacimiento, el amor y la muerte ejercen su reinado con una regularidad continua, aunque en proporciones numéricas diferentes. En un país sometido á la dominación extranjera, las necesidades exigen la misma satisfacción que en un país independiente; individuos y clases defienden en todas partes sus intereses en la medida en que se dan de ellos clara cuenta, con toda la cantidad de energía de que disponen, se habitúan en todas partes á los males que pueden soportar y cuya supresión les parecería exigir un esfuerzo demasiado grande y se rebelan contra ellos con una resolución desesperada cuando se les hacen insoportables. En la superficie de la humanidad se forman y desaparecen las ondas individuales, que tan pronto son ligeros pliegues como olas altas como montañas; puede seguirse una onda determinada en todas sus fases, verla hincharse, doblarse, cambiar de sitio y aplastarse; pero basta con un poco de reflexión para reconocer que desde el punto de vista del conocimiento lo mismo que bajo el de los destinos de la especie, no merece el interés que se le atribuye, puesto que no es más que un caso particular de la ley general del movimiento ondulatorio. Los alzamientos y los hundimientos, las corrientes y los torbellinos no penetran en las profundidades; son fenómenos de superficie y los remolinos más violentos de ésta quedan sin influencia sobre el fondo. Si los sucesos son susceptibles de determinar destinos particulares, no imprimen seguramente la menor huella en los destinos colectivos de la especie. Todo lo que se produce en la humanidad es una consecuencia de su modo orgánicamente determinado de reobrar contra las acciones exteriores, ya éstas emanen de la naturaleza ó de los hombres; y como no es de prever que el organismo físico y psíquico del hombre se modifique en un porvenir mensurable, continuará á obedecer en su conducta á las mismas

leyes que han regido sus actos en el transcurso de la historia.

Tenemos no obstante que dejar abierta una sola posibilidad, á saber que el clima actual de la tierra hubiera desaparecido dentro de diez mil años fuera reemplazado por el que había reinado al ocurrir la primera aparición de la humanidad. Si las diferencias de las estaciones cesaran de nuevo de existir, si el hielo de los polos y de todos los glaciares se fundiese, si una primavera eterna sonriera casi bajo las más altas latitudes y si nuestro planeta sobre toda su superficie ofreciera á la vida animal y vegetal condiciones tropicales, entonces una revolución profunda se operaría también en la naturaleza humana. La mayor parte de las necesidades teniendo por objeto el vestido, la habitación, la alimentación, el calor artificial y cuya satisfacción constituye el principal objetivo de los esfuerzos humanos, cesarían de ser experimentadas. El hombre podría vivir de nuevo sin fatiga y sin desamparo como en sus principios, cuando era, así como todos los demás seres vivos, el hijo de la naturaleza al cual esta madre proveía de todo. Seguramente aun en este caso, no volvería á caer en el estado de salvajismo primitivo, la existencia puramente vegetativa de un animal feliz de vivir al lado de un comedero agradable no le bastaría ya; habría conservado sus necesidades intelectuales y probablemente también las costumbres adquiridas en la época de la áspera lucha por la existencia, y entre estas costumbres figuraría sin duda una propensión, quizá debilitada, al parasitismo y á la acumulación de riquezas. De la época de la penuria sobrevivirían en la de abundancia instituciones y concepciones que al ocurrir su nacimiento eran racionales y respondían á un objeto, pero no tendrían ya ningún sentido ni ninguna utilidad en las condiciones nuevas. La economía, la previsión serían siempre apreciadas como virtudes, cuando ya no serían más que extravagancias, sino ya vicios bajo un régimen en que el maná caería todos los días del cielo. Se consideraría siempre el altruismo y la solidaridad humana como cualidades

morales, cuando uno y otra serían inútiles en un mundo en que nadie tendría necesidad de la ayuda del prójimo. Los fuertes, los individuos superiores tendrían siempre inclinaciones atávicas á la dominación y á la extorsión, cuando el poder sobre los demás no les procuraría ya ninguna ventaja biológica. Pero todas éstas sobrevivencias sufrirían poco á poco una regresión y los instintos primitivos del hombre atrofiados hasta entonces, se desarrollarían de nuevo comunicando á su conciencia rica en representaciones una nota emocional muy diferente de la actual. El Estado no se disolvería quizá, pero su estructura se alojaría considerablemente, no tendría nada que defender puesto que las causas de la violencia habrían desaparecido. La concurrencia entre individuos para la ganancia, entre pueblos para la posesión de la tierra, las guerras y las conquistas cesarían y la sed de gloria de los ambiciosos que existirían quizá siempre hallaría su satisfacción en manifestaciones espirituales de índole científica ó artística. De una manera general, no habría ya entonces historia política, sino solamente historia natural y biografía. Seguramente aun entonces, un peligro amenazaría todavía esta felicidad en apariencia sin nubes de la humanidad: el exceso de población. La naturaleza más exuberante no puede en efecto alimentar más que á un número limitado de seres vivos y exigencias desmesuradas agotan su riqueza; en el estado primitivo el remedio contra este mal está en la lucha incesante y en el exterminio de los débiles; una humanidad altamente civilizada preferiría sin duda establecer un equilibrio entre la fuerza contributiva de la naturaleza y las necesidades de sus pensionistas y conservar este equilibrio limitando el número de los descendientes al de los progenitores.

Pero mientras llega la vuelta posible de ese clima paradisiaco sobre el último reinado del cual los Vedas y el Zend-Avesta, bien comprendidos, encerrarían, según las notables interpretaciones de un Pandit (1), recuerdos claros, la historia

(1) Dr. Jorge Biedenkapp. *Der Nordpol als Völkerheimat*. Jena, 1906.

será siempre lo que ha sido desde que la conocemos: un cuadrante cuya aguja se pone en movimiento por las facultades y las fuerzas intelectuales de los hombres. Los impulsos bajo la acción de los cuales los hombres obran son siempre los mismos; la forma que revisten sus actos varía con sus conocimientos y con los útiles de que disponen. Después como antes, los hombres nacerán desiguales, pero la distancia que separa á los hombres superiores de los ordinarios llegará á ser cada vez más pequeña.

Ya hoy es apenas imaginable que pueda surgir en medio de un pueblo de raza blanca un hombre que sobresalga de sus compatriotas tanto como los héroes epónimos legendarios del pasado sobresalían sobre los suyos, que sea capaz de transformar toda su vida aportándoles una nueva civilización, propagando conocimientos y luces, dictando leyes, purificando las costumbres, fundando una religión, y que deje á los hombres diferentes de lo que eran antes de su venida. En el porvenir esto será aun menos posible; el tiempo de los semi-dioses se ha acabado. Todo progreso social, toda mejora de las leyes, de las instituciones y de las costumbres serán quizá todavía sugeridas por una sola personalidad, pero serán seguramente realizados por grupos numerosos. Los descubrimientos científicos recibirán quizá de un sabio determinado su última precisión ó su exposición feliz, pero serán esencialmente los productos del trabajo colectivo de generaciones enteras de sabios. Las creaciones del arte y de la poesía serán las solas probablemente que queden de las obras individuales, pero aun en esto innumerables hilos correrán de obra á obra, de creador á creador, y cada poeta, cada artista tejerá en su producción lo que sus predecesores habrán tenido más personal y mejor.

La aproximación entre la masa media de los hombres y los hombres superiores se operará no por el rebajamiento de éstos, sino por la elevación de aquélla. La aptitud á la atención sostenida se desarrolla en el hombre; su conciencia que no cesa de ensancharse se hace capaz de abarcar simultánea-

mente un número más grande de representaciones. Resulta de ahí una observación mejor de los fenómenos, un enlace más seguro de las apercepciones, una mayor exactitud en los juicios y las conclusiones, en suma, un enriquecimiento del pensar en contenido real, una disminución del psitacismo, de lo vago de la ideación, del misticismo, de la credulidad, en general una adaptación más perfecta á las condiciones de existencia dadas. En cuanto á saber si las asociaciones de ideas tendrán menos tendencia á petrificarse, si la muchedumbre será menos esclava de sus costumbres y menos misoneísta, esto es lo que es imposible predecir con certeza. Hasta ahora la experiencia nos enseña que el hombre altamente civilizado siente en la misma medida que el salvaje la formación de nuevas asociaciones de ideas como un trabajo penoso al cual trata de sustraerse cuanto puede; el hombre civilizado no es superior al salvaje por su saber y sus juicios correctos, sino porque ha recibido en su infancia y su juventud plásticas y receptivas una suma mucho más grande de conocimientos preciosos y variados. Pero una vez acabada la educación, el hombre civilizado se aferra á lo que ha adquirido durante sus años escolares con la misma obstinación que el salvaje á sus pobres tradiciones, y aquél rechaza toda novedad tan duramente como éste. Pero importa poco al progreso del conocimiento, en suma, que los descubrimientos nuevos sean acogidos en el conjunto de sus concepciones también por los hombres maduros ó solamente por la juventud que asciende; se trata á lo sumo de la diferencia de una generación.

Lo mismo que las distancias que separan á los individuos de un solo y mismo pueblo disminuirán también en gran medida las que separan á los pueblos entre ellos. ¿Existe entre los pueblos de raza blanca, diferencias de aptitud para el desarrollo? El hecho es dudoso. Si desde el punto de vista de la civilización, tal pueblo parece haberse quedado atrás de tal otro, eso puede ser una consecuencia de guerras, de un mal gobierno, de una opresión de clase y es lícito ad-

mitir que los retrasados alcanzarán con rápido paso á los más avanzados en cuanto las causas que han entorpecido su evolución hayan sido suprimidas. Ya en la capa superior de los pueblos de raza blanca, no existe desde hace mucho tiempo diferencia de instrucción ni de civilización y en la ciencia, la literatura y el arte todos estos pueblos están representados por producciones de primer orden que prueban que individuos de genio surgen en cada uno de ellos. Es menos seguro que las diferentes razas humanas estén igualmente dotadas. Muchos antropólogos y también los que no padecen el fanatismo de raza y la locura de grandezas arias, ponen en duda esto mismo con respecto á la raza amarilla que sin embargo se aproxima mucho á la blanca y que en su rama japonesa ha dado pruebas de aptitudes creadoras que autorizan los pronósticos más brillantes. Un hecho hay cierto; la raza blanca ha sido hasta ahora la sola que haya creado con sus propias fuerzas, una civilización real que no puede asentarse más que sobre el conocimiento. Los Chinos, los Japoneses, los Indios, los habitantes de la Malasia han alcanzado sin duda altas cimas estéticas y morales, pero no la más elevada, la cima científica. La civilización pre-colombiana de la América central puede en rigor ser comparada á la del Asia oriental, pero seguramente no á la civilización europea. Los negros, los Pielas Rojas de la América del Norte y los Australianos no han rebasado nunca esa primera fase de la cultura que corresponde poco más ó menos á la edad neolítica de Europa. El aislamiento de las tribus bárbaras ha llegado á su fin; van arrastradas en el torbellino de las comunicaciones universales. Están obligadas quiéranlo ó no, á soportar á los blancos como maestros instructores; será el caso de ver hasta qué grado son capaces de elevarse gracias á esta dura escuela; si se muestran refractarias á la instrucción, desaparecerán; si por lo contrario son aptas á asimilarse el saber y los juicios de los blancos, como lo han hecho ya ó están haciéndolo muchos Asiáticos, algunos Pielas Rojas, bastantes Maoris y Hawaianos, no se podrá hablar de razas

superiores é inferiores y todo orgullo nacional tendrá que inclinarse ante el hecho de la equivalencia aproximada de todos los pueblos.

No creo en el nivelamiento completo de todas las diferencias ni en la desaparición de los tipos en una uniformidad continua. Siempre habrá entre las fisonomías triviales que, en verdad, serán extraordinariamente numerosas, cabezas de carácter y el perfeccionamiento del tipo medio irá acompañado de una diferenciación cada vez más rica que aportará al aspecto de la humanidad una variedad suficiente. Pero la diferenciación se efectuará sobre detalles más subordinados que en nuestros días, mientras que la concordancia será más grande en lo que concierne á los rasgos esenciales. Esto significa que la especie humana se acercará á su estado de equilibrio biológico. Las grandes diferencias entre los individuos de una especie de seres vivos son siempre la consecuencia y el síntoma de una perturbación en su evolución natural; prueban que la especie no se encuentra en su *optimum*. En la medida en que las condiciones de existencia llegan á serle más favorables y satisfacen de una manera más perfecta sus necesidades orgánicas, se establece entre estos individuos una uniformidad más grande. Puede suponerse que la especie humana, en sus principios, á menos que no haya estado desde el comienzo dividida en varias subvariedades ó razas primitivas distinguiéndose por la forma del cráneo, por la estatura y por el color de la piel, no debía mostrar entre sus individuos grandes desviaciones de su tipo principal. Pero cuando el cambio de clima acaecido sobre el globo terrestre le hubo retirado las condiciones favorables á su existencia, cuando la ruda lucha por la existencia se hubo instalado y los individuos superiores hubieron comenzado á abusar de su superioridad con la mira de un parasitismo cómodo, la evolución de los individuos tendía hacia direcciones divergentes, elevándose los favorecidos y los menos dotados retrogradando cada vez más, lo cual creó entre ellos las distancias atestiguadas por la historia. La adaptación más per-

fecta de la humanidad á la naturaleza de nuestro planeta, que es el aspecto biológico de la civilización, restablece poco á poco, por un largo rodeo, las condiciones en las cuales la especie se había encontrado al ocurrir su aparición, y entre estas condiciones figura también una gran uniformidad de los individuos, por lo menos en el seno de una sola y misma raza primitiva.

La amplitud de las oscilaciones del tipo de la humanidad haciéndose más restringida, resultará de ello consecuencias políticas y económicas importantes. Cuando un número cada vez más grande de hombres llegare á ser capaz de una atención sostenida, aprenda á pensar, no con ayuda de imágenes artísticas, sino con ayuda de representaciones concretas, cuando la razón crítica, la lógica rigurosa, el sentido de la realidad lleguen á ser cualidades comunes, la explotación del débil por el fuerte se hará cada vez más difícil y finalmente casi imposible. En efecto, contra la violencia brutal los débiles se defenderán entonces con ayuda de una organización vigorosa, y la astucia que disimula solapadamente el parasitismo, será descubierta por la muchedumbre ilustrada y la hará perder así su eficacia. Ahora bien, cuando la explotación haya dejado de ser una ocupación ventajosa de los hombres superiores, todas las instituciones políticas y sociales que han sido creadas y perfeccionadas con el objeto de hacer la explotación fácil ó tan solo posible, se atrofiarán poco á poco y acabarán por desaparecer, sin que haya necesidad de una revolución violenta para destruirlas. El Estado será probablemente conservado, pero su forma será llenada por un contenido nuevo; no será ya soldado, sino juez, instructor, arquitecto y algo también guardia de orden público. En otros términos; no hará ya consistir su principal misión en el hecho de representar frente á los demás pueblos el egoísmo colectivo de su propia nación, un desarrollo del egoísmo individual inicial del soberano y de sus servidores; en el hecho de arrancar á las demás naciones concesiones ventajosas, sea por la guerra efectiva, sea por la insinuación tácita de su po-

sibilidad ó de estar armado contra las empresas del mismo género por parte de otros Estados. La guerra se hará tan imposible, como ya lo es hoy entre los pueblos civilizados una invasión oficialmente organizada en un país vecino con propósitos de saqueo, de raptos de mujeres y de ganado. Un hombre como el conde de Moltke, sumido en cuerpo y alma en la tradición feudal, no puede evidentemente dejar de considerar la paz eterna como «un sueño, y no un hermoso sueño»; pero el que sabe elevarse por encima de sus costumbres de pensamiento y de sus prejuicios no pondrá en duda que la guerra pasará al estado de borroso recuerdo abominable del pasado de barbarie de la humanidad, cuando los ciudadanos individuales hayan llegado á ser bastante inteligentes para darse cuenta que es para ellos el peor de los negocios imaginables abandonar sus ocupaciones y su modo de vivir y exponer su salud y su vida á los peligros más crueles, para destruir sin ningún provecho para ellos mismos, la vida y los bienes de otras gentes á fin de convencerles de que son superiores á ellos. Ahora bien, desde el momento en que nadie tendrá ya el deseo de atacar á los demás, nadie tendrá tampoco por qué pensar en defenderse. La necesidad de un ejército desaparecerá y con ella toda la puerilidad pintoresca del «color de guerra», es decir de los uniformes vistosos, de los plumeros, de las insignias de grado y el menos anodino conjunto de ideas que se refieren al simbolismo de la bandera, al mando, á la obediencia ciega de la disciplina. Desaparecido el ejército, la diplomacia es á su vez un órgano que ya no tiene función; un tribunal arbitral resolverá los conflictos entre pueblos que no podrán tener por objeto más que cuestiones tales como la regularización de ríos comunes ó la protección de la pesca y de los pájaros emigrantes que pasan de un territorio nacional á otro; é instituciones internacionales del género de la Oficina postal universal de Berna regularán el horario de las líneas de los caminos de hierro internacionales, las comunicaciones postales y telegráficas, la defensa común contra las epidemias, las persecuciones

de los criminales evadidos de su país. Los embajadores y ministros plenipotenciarios no tendrán nada que hacer, puesto que las relaciones entre pueblos serán limitadas á la discusión de cuestiones técnicas que deberán ser resueltas de común acuerdo porque interesan á varios Estados, y en el tratamiento de las cuales las pasiones y la violencia no encontrarán ya sitio ninguno.

El Estado no utilizará la fuerza nacional organizada más que para el mantenimiento del orden y de la seguridad en el interior, para la profilaxia en grande que excede con mucho de las capacidades individuales, contra la ignorancia, la enfermedad y el vicio, para la ejecución de trabajos públicos vastos y costosos. El derecho se desarrollará en direcciones que se apartarán notablemente de la concepción romana de la propiedad; el principio que ninguna ley puede tener efecto retroactivo no podrá ser mantenido en su rigidez actual; se investigará sin duda el origen de las fortunas desmesuradamente grandes con una insistencia á la cual tratarán en vano de esquivarse, y con las reglas de una equidad sutilmente refinada se perseguirá la explotación del débil hasta en sus guaridas y sus emboscadas más ocultas, á fin de impedirle castigándola, y de hacer inexorablemente restituir lo mal adquirido á los explotadores.

La instrucción pública no tendrá ya más por objeto formar piadosos fieles de la parroquia respectiva, súbditos abyectamente sometidos, soldados que obedezcan ciegamente, patriotas siempre dispuesto á gritar *hurrah!*, sino que se aplicará á transmitir á la nueva generación los resultados ciertos del trabajo científico de las generaciones precedentes, á desarrollar sus aptitudes críticas y su sentido de la realidad y á iniciarla en el goce comprensivo de las bellezas de la naturaleza y del arte. Una generación formada por semejante disciplina no ofrecerá una presa fácil á explotadores violentos ó astutos; será bastante inteligente para seguir la migración de su dinero á través de las cajas del Estado, las aduanas, los bancos, las sociedades por acciones y para ver lo que se hace

con él. Los impuestos no podrán ya más ser dilapidados en sostener un ejército inútil, ni prebendados fiscales ó funcionarios de parada cuyo mantenimiento se explica por el solo hecho que el Estado actual se asienta sobre la idea latente que es en el fondo una gran corte rebosante de fasto y de lujo, llena de dignatarios deslumbradores y de un ejército de cortesanos inútiles que sirven únicamente para realzar el prestigio de la majestad del soberano. Sus tarifas protectoras serán tan imposibles como los *trusts* y los *cartels*, puesto que nadie estará dispuesto á entregar á particulares ó á agrupaciones cualesquiera contribuciones que no justifica ningún servicio. Las sociedades por acciones no recogerán ya el dinero del pequeño ahorro para manejarle de tal suerte que la mayor parte posible vaya á caer en los bolsillos de los fundadores, de los intermediarios y otros parásitos, y que con los beneficios de lo que queda del capital se gratifique primero á personas sea inútiles, sea retribuidas en una medida excesiva, y solo en último lugar y en las proporciones más modestas posibles á los accionistas. Para obtener de alguien los productos de su trabajo, habrá que ofrecerle sea la satisfacción de una necesidad, sea un placer estético. Así es como en la medida en que el porvenir se ensombrece para los explotadores, se hace más sereno para los artistas y los talentos de todo género.

En una sociedad en que el sentido de la realidad está vigorosamente desarrollado y en que todos los miembros han aprendido á despistar el parasitismo bajo todos sus disfraces, no hay sitio ninguno para religiones positivas. Á pesar de todo lo que en la condición actual de la humanidad parece contradecir esta afirmación, las religiones positivas están condenadas á extinguirse. Ningún hombre que tenga sentido común creará en sus dogmas indemostrados, en sus divagaciones transcendentales, y su impotencia para persuadir á los hombres que deben dejarse explotar con paciencia, las despojará de todo valor práctico á los ojos de las clases parasitarias y les hará perder la protección de estas clases. No habrá nadie

dispuesto á retribuir á sacerdotes que se reconocerán de común acuerdo como miembros totalmente inútiles de la sociedad. La disolución de las confesiones positivas se cumplirá pacífica y naturalmente por el hecho que el Estado romperá sus lazos con la Iglesia y abandonará á ésta á su propia suerte. Los templos quedarán desiertos, el clero no podrá reclutarse, puesto que ningún joven capaz de estudiar y de trabajar querrá seguir una carrera que no asegurará el pan cotidiano y no estará ya rodeada de la consideración general; y después de la extinción rápida del clero, las religiones de las cuales era el servidor pasarán á su vez al estado de recuerdo histórico. Pero ¿cómo la humanidad ilustrada hallará la satisfacción de su deseo eterno de elevación, de consuelo y de ideas de eternidad? Esto es lo que he tratado de exponer en el capítulo VI de este libro.

Si los hombres superiores no han de elevarse notablemente por encima del nivel medio, es no obstante seguro que á los individuos superiores no les faltará nunca por completo el deseo de adquirir poder sobre la masa, de dominarla, y experimentarán este deseo en el porvenir, como en el pasado. Pero esta pasión atávica de dominación no se manifestará ya bajo las formas históricas todavía hoy en vigor y no podrá ya tener por objeto el parasitismo. No habrá ni conquistadores ni dictadores; nadie podrá pensar en poner sobre su cabeza una corona ni en fundar una dinastía; quizá haya todavía quien se deje seducir por atractivos de llegar á ser jefe de Estado ó ministro de una colectividad fundada sobre la igualdad civil, pero este atractivo no será seguramente muy poderoso, porque en la administración sencilla de una colectividad que se prohíbe á sí misma severamente toda aventura y toda fantasía y retribuye á sus servidores con arreglo al valor exacto de su trabajo útil, el orgullo ó aun sencillamente la vanidad, la imaginación ó la vulgar rapacidad no hallaran satisfacciones especiales. La ambición tendrá que manifestarse de otro modo, buscar otras satisfacciones; el fuerte, el inteligente, el superior tratará siempre de ganar

el primer sitio en su círculo, de llegar á ser el jefe de un grupo profesional, de una corporación administrativa, de un partido político, de una representación popular. Pero no podrá conseguirlo más que por el talento oratorio, merced á la prudencia de sus consejos, á su conocimiento de los negocios, á su decisión de carácter, y la única recompensa de todas sus capacidades y de todos sus esfuerzos consistirá en la gloria, la admiración, la consideración, la influencia personal que no podrán ser convertidas en monedas contantes y sonantes. La naturaleza exclusivamente moral de las recompensas que podrá esperar la ambición operará entre los ambiciosos una selección; los vanidosos presumidos por una parte, los individuos de sentido social, especialmente desarrollado por otra, he aquí las dos solas categorías que tratarán de obtener el reconocimiento público. En cuanto al deseo de dominación que deriva de un sentimiento brutal de la fuerza, de un egoísmo grosero, de una ansia vulgar, en una palabra en cuanto al deseo de dominación en vista del parasitismo, si no llega á refinarse y á revestir un carácter más noble, tendrá que ser ahogado como una mala inclinación por un esfuerzo continuo de la voluntad, ó bien buscará una salida en el crimen, en cuyo caso será perseguido y aplastado por la sociedad.

Una humanidad sin aventuras, sin guerras y sin revoluciones, sin superstición ni misticismo, sin dominadores audaces y brillantes ni masas de servidores ciegamente sometidos, una sociedad igualitaria formada exclusivamente por hombres ilustrados, instruídos, razonables, que son todos sanos y sobrios, que todos trabajan, llegan á muy viejos, viven en el orden, el equilibrio y el bienestar—semejante sociedad parece terriblemente aburrida y debería inspirar al hombre romano de hoy una nostalgia desesperada de la barbarie más primitiva y más salvaje. Pero el porvenir no se presenta tan incoloro y monótono, sino porque nuestros ojos están acostumbrados por su educación á sentir como pintoresco el aspecto actual de la humanidad; las alternativas del castillo y

de la cabaña, del lujo y de la miseria, de la explotación victoriosa y de la servidumbre obtusa son divertidas y no chocan al que las considera con la idea semiconsciente que le está permitido esperar llegar á ser un día explotador. Las luchas de partidos, las intrigas políticas, las complicaciones diplomáticas hacen la historia palpitante como una novela; los superhombres pueden elevarse por encima del rebaño y servir de modelos que entusiasman á todos los vanidosos y á todos los arrivistas. Pero todas las satisfacciones que estos estados de cosas procuran á la imaginación son pagados á costa de sumas enormes de sufrimientos humanos cuya supresión ó alivio ha sido el objeto de los esfuerzos incesantes de la humanidad. El porvenir será incomparablemente más feliz que el pasado lo fué jamás; la ciencia facilitará la satisfacción de todas las necesidades orgánicas; el saber extendido y profundizado hará disminuir, casi hasta hacerlo desaparecer, el daño que los hombres se infligen unos á otros y que constituye la parte más cruel de su sufrimiento. Las nobles alegrías que procuran las ciencias y las artes serán más generales y más intensas porque serán saboreadas por un espíritu y un sistema nervioso más refinados. En cuanto á la felicidad aguda, será asegurada por las apetencias orgánicas y las cenesias de la juventud, del amor, de la salud, del sentimiento de vigor que serán seguramente más ricos y más robustos en una humanidad libertada de cuidados y viviendo en la abundancia que en una humanidad siempre inquieta y con frecuencia careciendo de lo necesario. El porvenir tendrá otra belleza distinta que el presente, una belleza más natural, más elevada, más armoniosa y no sentirá seguramente como una privación la falta de la amalgama sádica suministrada por la miseria y el sufrimiento, por la falta y el horror.

X

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

He llegado al término de mi examen y no me queda más que resumir sinópticamente los resultados.

Toda la historiografía cuyos trabajos atestan las bibliotecas con cientos de miles de volúmenes entretiene á veces al lector, cuando cuenta vidas interesantes y aventuras pintorescas, pero no encierra la menor suma de conocimiento científico. Su jerarquización tradicional de los sucesos resulta de una ilusión óptica subjetiva de los historiadores que toman por esencial lo que salta más á la vista y no advierten que los procesos poco aparentes, pero uniformes, duraderos y generales son los únicos que tienen importancia (1).

(1) E. Vacherot. *La Ciencia y la Conciencia*. París, 1870, pág. 92: «Se puede estudiar una época, una raza, un pueblo, una clase... no preocupándose más que de los hechos y gestos de los grandes actores históricos. Esto es... un hermoso y dramático espectáculo de un efecto estético... admirable. Si se viene á comprender que todo se enlaza, se relaciona... entonces detrás de la exhibición meramente superficial y dramática de la escena exterior, se vislumbra en el fondo del teatro una acción menos animada, menos brillante, menos interesante para un simple público de espectadores, pero mucho más propia á fijar las miradas del observador curioso por saber el misterio de las cosas».